

TAMARA OSORIO

Hebrón, entre el repliegue y la retirada

El complejo y costoso proceso de paz entre israelíes y palestinos iniciado en 1993 estuvo a punto de fracasar al abordar el repliegue israelí de la ciudad de Hebrón, la más rica y conservadora de Cisjordania. Finalmente, se alcanzó un acuerdo de partición de la ciudad pero sus resultados y el proceso de paz en su conjunto, tal como ha sido diseñado, han permanecido ajenos a los deseos y voluntades de la mayoría de los afectados. Todo apunta a que en Hebrón, posiblemente, la paz no pase por la convivencia forzada de judíos y palestinos.

Tamara Osorio es periodista, experta en cuestiones internacionales y observadora en procesos de paz.

Una alegría sincera asomaba al rostro de Yasir Arafat el pasado 19 de enero. Agradecía el clamor que le dispensaron unos 30.000 palestinos congregados en el antiguo cuartel general israelí para celebrar la llamada liberación de Hebrón. Un nutrido grupo de hebronitas no quiso aquel día hacerle ascos a un acuerdo histórico cuyas consecuencias se han tornado hoy por hoy imprevisibles.

Cuatro días antes, el presidente de la Autoridad Nacional Palestina y el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, habían rubricado el ansiado Protocolo Sobre el Repliegue de Hebrón, según el cual la ciudad quedaba dividida en dos: un 80 por ciento del territorio para los palestinos y un 20 por ciento para los israelíes.

Un asunto (el del acuerdo) que en los tres meses anteriores a su firma había traído de cabeza a los implicados, a Washington y a la comunidad internacional. ¿Por qué? Un costoso y complejo proceso de paz iniciado en 1993 estaba a punto de naufragar y, con él, arrastraría la exitosa mediación de Estados Unidos en su cometido de imponer la paz entre palestinos e israelíes y la no se sabe si ingenua creencia europea de que por fin se resolvería el dilema palestino. Todos ellos, factores que circulan en los ambientes diplomáticos envueltos con la bandera de la paz.

Pero ¿qué paz? Porque ésta, según quién sea el interlocutor, tiene muchas lecturas; y eso, a pesar de las imposiciones políticas, continúa siendo un problema. Hebrón, ciudad bíblica, histórica y palestina es el mejor ejemplo.

Hebrón tiene más de 3.000 años de antigüedad. Dice un libro que es una de las ciudades más bonitas de Cisjordania. Pero debe ser amor patrio. El entramado de edificios, construidos con piedras del desierto de Judea a más de 900 metros de altitud, presenta un aspecto sucio y desaliñado que se agudiza en el laberinto de callejuelas.

La ciudad más conservadora y rica de Cisjordania

Es una ciudad genuinamente árabe en la que no hay cines; sí unos cuantos cafés desperdigados que sólo aceptan hombres; y las mujeres deben salir a la calle con la cabeza cubierta. No, no es la más bonita, pero sí la más conservadora y la más rica de Cisjordania.

Sus habitantes palestinos son célebres por su buena mano para el comercio. Sus esfuerzos y dedicación se han canalizado en una vasta red de fábricas de zapatos, vidrio y herrerías. La clientela más importante la componen los jordanos y, curiosamente, los propios israelíes. Según dicen, estos últimos exportan el calzado hebronita bajo denominación de origen israelí. Los hebronitas poseen, además, la mayoría de los comercios de la parte árabe de Jerusalén.

Sin embargo, las innumerables fortunas personales no se han traducido en una ciudad próspera, desarrollada y que mire hacia el futuro. Su modestia de vida, sin lujos aparentes, responde a una sociedad de arraigada devoción islámica, calificada en muchas ocasiones de extremista. Pero siempre fue así. Incluso a finales del siglo pasado, cuando los palestinos compartían pacíficamente la ciudad con unos 1.500 judíos que dividían su quehacer diario entre el culto religioso y el comercio.

La armonía se truncó en 1929. Los enfrentamientos entre el movimiento sionista, que apelaba a la formación del Gran Israel, y el movimiento nacionalista palestino se hicieron particularmente crueles en esta ciudad. Entonces 59 judíos fueron asesinados y el resto expulsados.

En 1967, la Guerra de los Seis Días trajo consigo la ocupación de los territorios árabes de Cisjordania por Israel, y, con ella, la llegada de nuevos judíos a Hebrón. El centro neurálgico de la ciudad; allí donde se levanta la Tumba de los Patriarcas, donde está enterrado Abrahám, venerado por el Islam y por el Judaísmo, fueron instalándose colonos judíos, la mayoría venidos de Miami, Nueva York y Los Angeles.

El artífice de este pequeño asentamiento fue el movimiento Goshá Munim, fiel defensor del sionismo. Amparándose en la existencia de un lugar de culto judío -la Tumba de los Patriarcas- y pese a que esta religión tilda de impuros los espacios donde yacen muertos, este grupo extremista fue comprando casas a los árabes.

Al parecer, tuvieron que ser colonos de origen norteamericano los que aceptarían trasladarse hasta esta ciudad palestina, pues los propios israelíes no veían mucho sentido en iniciar una nueva vida en un lugar hostil y subjetivamente feo para, al fin y al cabo, venerar sepulcros de más de 3.000 años de antigüedad. Los colonos construyeron una sinagoga junto a la mezquita ya existente en la Tumba de los Patriarcas y se estableció un turno de horas y de días, que ha sufrido continuas modificaciones a lo largo de los años, para evitar que judíos y musulmanes se encontraran a la hora del rezo.

Forzados a compartir la tierra (régimen de ocupación aparte), la tensión se apoderó de la población desde el principio. Y por eso no resulta extraño que el

estallido de la Intifada palestina en 1987 hallara en Hebrón un potente caldo de cultivo.

Durante siete años la ciudad recibió al visitante con una lluvia de piedras. De nada servían la *kufiya* extendida en el salpicadero y el rosario musulmán colgado del retrovisor como consignas de simpatía con la causa palestina. Los sorprendentes y sucesivos engaños hicieron mella en una ciudad que vivía bajo la bandera de la desconfianza. Al igual que en el resto de Cisjordania, los militares israelíes patrullaban sus calles, vigilaban sus entradas y salidas, detenían e interrogaban a quien estimaban conveniente, además de emplear a muchos palestinos para sus servicios de información.

En 30 años la tensión y el odio han echado más raíces que la opción de la tolerancia. Una situación un tanto lógica si se tiene en cuenta que Hebrón reúne en un mismo espacio a la derecha israelí más reaccionaria y al más consolidado integrista islámico de Hamás. Por eso no cabe extrañarse si vuelven tiempos “calientes”, y más ahora que se ha hecho oficial la división de una ciudad a la que nadie parece estar dispuesto a renunciar.

Hebrón: H1 y H2

Según el acuerdo de Hebrón firmado por Arafat y Netanyahu -que en realidad no es otro que el estipulado en septiembre de 1995 entre el líder de la Autoridad Nacional Palestina y el entonces jefe del gobierno israelí, el laborista Isaac Rabin- Hebrón queda dividida en H1 y H2. H1 equivale al 80 por ciento de la ciudad, en el que habitan más de 100.000 palestinos. Estos estarán gobernados por la Autoridad Nacional Palestina, que se encargará de administrar cuestiones municipales como la sanidad, correos, educación, seguridad social y tráfico.

H2, es decir el 20 por ciento restante, continuará bajo dominio israelí. Huelga decir que es la zona donde habitan los 400 colonos judíos, repartidos en cinco asentamientos, pero también unos 15.000 palestinos aproximadamente; y es el perímetro de tierra donde se alza la Tumba de los Patriarcas con la mezquita de Abrahám, y por donde discurre una de las arterias principales del comercio árabe: Al Shuhada, también llamada calle de los mártires.

Un grueso de 1.000 soldados mantendrán las fuerzas de Tsahal (el Ejército israelí) en este núcleo, con el fin de proteger a la comunidad de colonos. Sin embargo, el control hebreo de Hebrón no se reduce únicamente a una misión de vigilancia que permita a los colonos realizar sus compras, desplazarse por la ciudad y acudir al asentamiento Kyriat Arba, en la periferia de Hebrón. Los israelíes tendrán bajo su responsabilidad la seguridad, el control de entrada y salida, el agua y la soberanía global de la ciudad; es decir de H2 y de H1.

Por eso, no deja de ser un espejismo, o si se prefiere, una imagen romántica, la frase que Arafat dirigió a sus seguidores desde el antiguo cuartel general israelí de la ciudad el pasado 19 de enero: “Proclamo que Hebrón es ya una ciudad liberada después de 30 años de ocupación”.

Es lógico pensar que pese a haber sido uno de los responsables del acuerdo, éste no satisface en absoluto las aspiraciones del viejo líder, que hubiera preferido conseguir una ciudad totalmente árabe y uniforme. Algunos círculos políticos y

*Los israelíes
tendrán bajo
su
responsabili-
dad la
seguridad, el
control de
entrada y
salida, el
agua y la
soberanía
global de la
ciudad.*

diplomáticos sostienen que Arafat se vio obligado a aceptar este acuerdo para mantener la credibilidad y el apoyo (¿de quién?); otros manifiestan que Hebrón ha sido la moneda de cambio con la que agarrar de una manera más o menos firme las siguientes fases del proceso de paz, las más complicadas y las más impredecibles.

Como Arafat, Netanyahu también hubiera preferido otra solución. Sobre todo, si quería mantener el tipo ante un electorado que había apostado por su fórmula "paz con seguridad" y que en apariencia excluía cualquier concesión territorial a los palestinos; de hecho retrasó el repliegue de las tropas israelíes diez meses respecto a la fecha prevista en los Acuerdos de Oslo II.

Pero la realidad se ha impuesto a este hombre, educado en la doctrina revisionista -la corriente sionista más reaccionaria que defiende un Estado judío limitado por las dos orillas del Jordán y creado a partir de una colonización masiva-, primer ministro de Israel desde mayo de 1996 y líder de una coalición de gobierno con la derecha y los partidos religiosos judíos como aliados políticos.

Son varios los factores que han intervenido en lo que ya se conoce como la metamorfosis de Netanyahu: la maquinaria del proceso de paz lleva tal inercia que resulta peligroso pararla; una política norteamericana que basa parte de su éxito electoral en su mediación en las negociaciones, y cuyos responsables presionan para que aquél siga adelante; y una comunidad internacional que cree sinceramente que con este plan de paz el problema de Oriente Medio está solucionado. Demasiado peso incluso para Netanyahu, que ahora también debe echarse a la espalda las acusaciones de traidor que no sólo vomitan sus votantes, sino también sus socios gubernamentales.

Netanyahu se las vio y se las deseó (y gracias a que contó con el apoyo de la oposición laborista) para que sus aliados ratificasen en la Kneset (Parlamento israelí) el acuerdo de Hebrón.

Se avecinan, por tanto, tiempos duros para un gobernante judío que pisa suelo movedizo en su propia tierra y que se ha apresurado a tomar un cursillo rápido de cómo encajar dolorosos embates que cuestionen su gobernabilidad y liderazgo. En esta ocasión los quebraderos de cabeza de Netanyahu no derivarán tanto de las negociaciones con sus "socios" palestinos; como de sus intentos, si le dejan, de unir de nuevo a Israel, actualmente una nación dividida entre los que creen en el plan de paz y los que no.

La mecha que encendió Goldstein

Entre los que nunca creyó en la convivencia pacífica de palestinos e israelíes se encontraba Barukh Goldstein. Este judío norteamericano trabajaba como médico en Kiryat Arba, un asentamiento situado al nordeste de Hebrón. Militante del movimiento Kakh, que reclama la expulsión de todos los árabes del Gran Israel hacia los países árabes, Goldstein llevó a la práctica su particular visión de este dogma.

El día elegido fue el 25 de febrero de 1994, en pleno Ramadán. El colono se introdujo en la mezquita de Abrahám, cuando los musulmanes estaban rezando, y con su arma mató a 30 palestinos e hirió a un centenar. La violencia del acto conmovió a todo el mundo. Pero también fue el aviso de que la mecha del polvorín

hebronita se había prendido. La más bíblica y sagrada de las ciudades cisjordanas ya apuntaba a ser la más problemática de encajar en el plan de paz diseñado por sus responsables.

Quizá lo escrito hasta ahora no hubiera tenido razón de ser si, como dice Riad Malki, director de Panorama (Center for the Dissemination of Alternative Information) en Jerusalén y ex portavoz del Frente Nacional Palestino, los dirigentes palestinos hubieran jugado bien sus cartas. "Tras la matanza, el Gobierno laborista (en aquel momento en el poder) de Isaac Rabin estuvo dispuesto a sacar a todos los colonos de Hebrón; a acabar con la violencia en la ciudad y a no invertir más dinero, sangre y lágrimas en un pozo sin fondo", comenta Malki.

Pero para llevar adelante este proyecto, "el Gobierno israelí necesitaba la presión palestina para justificar su cometido ante los votantes judíos; sin embargo, los dirigentes palestinos optaron por aceptar una misión de observación internacional que controlase el conflicto, con lo que la iniciativa israelí perdía todo sentido".

Hoy, casi tres años después de la matanza, la ciudad acoge a 80 observadores extranjeros -ya se ha aprobado que este número se amplíe a 140- y la tumba de Goldstein, muerto en la propia mezquita por fieles musulmanes tras realizar su crimen, es un lugar de peregrinación para muchos israelíes.

Si los palestinos no jugaron bien sus cartas, como afirma Malki, la historia ya tenía decidida la partida.

El 4 de noviembre de 1995, dos meses después de que se aprobaran los Acuerdos de Oslo II que establecían la retirada del Ejército israelí de las ciudades cisjordanas, moría asesinado el primer ministro Isaac Rabin, uno de sus artífices. El autor de su muerte: un joven militante de la extrema derecha israelí.

El posterior clima de rechazo general al fundamentalismo judío que provocó la muerte de Rabin favorecía, en principio, un nuevo Gobierno laborista con Simón Peres, hasta ese momento ministro de Asuntos Exteriores, al frente. Bajo esta premisa se adelantaron las elecciones generales al 29 de mayo de 1996, con el consiguiente retraso momentáneo -y con el visto bueno de Arafat, quien estaba interesado en seguir negociando con los laboristas los futuros acuerdos de Oslo III y Oslo IV- del repliegue de las tropas israelíes de Hebrón, previsto para el 26 de marzo de 1996. Según estos planes, cuando Peres ganase los comicios, su poder electoral le permitiría dar el último paso de Oslo II sin tener que contar con los colonos (expertos ya en manifestar su rechazo a la retirada parcial del Ejército). Pero Peres no ganó y, en su afán de desquite, decidió dejar el embrollo del repliegue al dirigente del Likud.

Cabe preguntarse, llegados a este punto, quién no esperaba que el líder del Likud obstaculizase, como lo ha hecho, este proceso de paz al que se opuso desde su nacimiento, haciendo de ello el principal lema de su campaña electoral.

En una tierra donde los hechos han demostrado que todo puede cambiar de un día para otro, es difícil decir qué etapa del proceso de paz estarían viviendo actualmente palestinos e israelíes si el acuerdo de Hebrón se hubiera llevado a efecto en la fecha original del 26 de marzo de 1996.

Siempre en el ámbito de las elucubraciones, la ciudad estaría semiliberada como ahora; Noam Fridman, un soldado judío que el 1 de enero de 1997 disparó su arma contra los palestinos del mercado árabe, no figuraría en la memoria de los

*La ciudad
acoge a 80
observadores
extranjeros
-ya se ha
aprobado que
este número
se amplíe a
140-.*

¿Puede haber paz entre pueblos que no quieren vivir juntos?

hebronitas; tanta crispación no hubiera dominado las negociaciones en los últimos ocho meses; y Netanyahu hubiera ganado igualmente las elecciones, o no.

Quizá también estarían en marcha, y se hubieran llevado a efecto, lo que ahora se consideran futuras negociaciones (algunas de ellas a punto de comenzar). A saber: un calendario de retirada del Ejército israelí del área B, que comprende las zonas rurales y pueblos palestinos que constituyen aproximadamente el 23 por ciento de Cisjordania y que en la actualidad patrullan conjuntamente destacamentos israelíes y palestinos, siendo Israel la responsable de la seguridad; y del área C, el equivalente al 73 por ciento de Cisjordania, excepto Jerusalén, controlada por Israel porque en ella se encuentran todos los asentamientos, carreteras y áreas militares.

Convivencia forzada

A su paso por Hebrón el proceso de paz, tal y como está diseñado, ha permanecido ajeno a los deseos, voluntades y sueños previsibles de la mayoría de los afectados; y ha ignorado -la política es así- una disputa visceral forjada durante años. Algo parecido intentó decir un palestino anónimo orondo y con bigote cuando el pasado 1 de enero, tras el atentado de Noam Fridman, gritó ante un grupo de cámaras y micrófonos de medios de comunicación occidentales: "Where is the peace? Where is the peace?" (¿Dónde está la paz?).

¿Puede haber paz entre pueblos que no quieren vivir juntos? ¿Entre comunidades que desconfían la una de la otra? ¿Puede haber paz en un lugar donde sólo se conoce tensión y odio?

Es pronto para hablar de respuestas, pero de momento un muro de 30 metros de largo y un metro y medio de alto dividirá la calle Al Shuhada. El proyecto a realizar en breve figura en uno de los apéndices del Protocolo Sobre el Repliegue de Hebrón y es una iniciativa del Gobierno estadounidense, que también se hará cargo de la financiación. El resultado: dos vías de tránsito, una para los judíos y otra para los palestinos.

Todo apunta a que en Hebrón, posiblemente, la paz no pase por la convivencia forzada de judíos y palestinos.

Es verdad que muchos hebronitas palestinos jalaron con vítores y muestras de júbilo la entrada triunfal de Arafat en Hebrón el pasado 19 de enero. Y aunque pudo parecer un síntoma de aceptación, en realidad se trataba de un júbilo puntual. El mismo que inundó las ciudades cisjordanas de Tulkarem, Qalquilya, Jenín, Nablus, Ramallah y Belén cuando, tras haber sido liberadas, recibieron al líder de la ANP. Hoy, los habitantes de estas seis ciudades sufren las consecuencias de vivir en una ciudad declarada palestina, que no en una tierra palestina. En los límites de cada urbe continúan los tradicionales controles israelíes como testimonio de que las zonas rurales y las carreteras continúan (y hasta cuándo) bajo dominio israelí.

En la mente de los 120.000 palestinos de Hebrón ronda la misma pregunta que se plantea al principio de este artículo: ¿Dónde está la paz?.

Yibril Rayub, jefe de seguridad del Gobierno de Arafat, que participó en el discurso de "semiliberación" de la ciudad, ofrecía una respuesta implícita en esta afir-

mación: “Los colonos son piedras que nos pesan en el pecho. ¡Debemos quitárnoslas de encima!”. Yasir Arafat también tiene una respuesta teórica, pilar de los discursos triunfalistas que ha pronunciado en cada una de sus entradas a las ciudades cisjordanas liberadas: Palestina volverá a recuperar los territorios ocupados y constituirá un Estado soberano que tendrá como capital Jerusalén Este.

Por su parte, el primer ministro israelí ya se ha encargado de subrayar que lo que se ha hecho en Hebrón es un repliegue y no una retirada, y que ningún asentamiento judío será erradicado de Cisjordania. Salvo sorpresas o estrategias de última hora, su posición está clara. El propio portavoz de los colonos de Hebrón, Baruj Marzel, hace su aportación a este enfrentamiento de ideas al afirmar que Hebrón es muy estrecho y que “para que alguien viva, alguien debe morir”.

El discurso utilizado por Netanyahu en su campaña electoral encerraba el siguiente estribillo: “Jamás se erradicarán los asentamientos judíos de Cisjordania, jamás Palestina constituirá un Estado soberano, jamás Yasir Arafat podrá sentar su capital en Jerusalén Este”. Las mismas consignas que el Gobierno hebreo dice no estar dispuesto a negociar con los palestinos: aceptar la creación de un Estado independiente palestino, renunciar a la soberanía de parte de Jerusalén y abandonar el control de los 144 asentamientos judíos dispersos por territorio palestino.

A principios del siglo que viene quizá haya una respuesta capaz de contentar a todos.